



VEROÍRLEER
LA GUÍA DE CULTURA DE 20 MINUTOS
David F. Wallace



LOS EXCESIVOS SE QUEDAN SIN PAPA

El suicidio de David Foster Wallace deja huérfana a una generación de narradores estadounidenses fundada en el aserto de Kurt Vonnegut: «La vida no es forma de tratar a un animal». JOSÉ ÁNGEL GONZÁLEZ

Esto no es la búsqueda de un gancho periodístico y me importa poco que ustedes lo crean. El sábado, en una taberna del centro de Madrid, intenté vanamente introducir a David Foster Wallace en una conversación sobre el mohoso Papito Hemingway y sus taras.

Horas antes había reunido información para escribir esta misma pieza (pero sin cadáver). Pensaba 'venderla' para el diario del jueves de la semana próxima: el grupo de escritores explosivos estadounidenses de cuarenta y tantos que no han tragado con la ampulosa verborrea de la literatura-facebook: DFW, Vollmann, Eggers, Homes... Esos que siguen escribiendo a lápiz y a patadas y piensan, como el Abuelo Vonnegut —ése sí era un hombre y nunca corrió los sanfermines—, que «la vida no es forma de tratar a un animal».

De eso quería hablar en la taberna. La invisibilidad progresiva que padezco hizo que me quitaran la palabra de la boca. Papito H. y sus toritos bravos son invencibles en la moderna España de los *noticias* y los *naranjitos*.

Tras los dos cafés de la mañana del domingo, en la visita a mi agregador rss —el alcaloide con el que nos entumecen—, encontré la desconcertante referencia. DFW había aparecido el viernes, ahorcado por voluntad propia, en su casa de California. Mientras yo le buscaba, se había suicidado a los 46 años.

Cisne negro

Me sentí como si hubiese perdido a un hermano. Colgué una foto de un cisne negro en mi cuenta de Flickr —otra ponzoña— y peregriné a los almacenes literarios en busca del único libro de DFW que no he leído... Como en cualquier de sus desoladores relatos, no lo encontré. Un amigo me envió un correo para ofrecérmelo en acogimiento.

Eso sí, reencontré la página de *Extinción* con las frases subrayadas a lápiz con la única descripción útil de los ma-

reos que sufro desde hace dos décadas. La utilicé cuando el psiquiatra, hace un año, me preguntó por los síntomas que nunca pude verbalizar: «El entorno visual pareció latir o vibrar débilmente y los objetos individuales parecieron, paradójicamente, retroceder y alejarse mucho y al mismo tiempo adquirir una nitidez antinatural y una configuración y unas líneas muy precisas, un poco como escenas de un óleo victoriano». El bata blanca me recetó pastillas, pero DFW ya me había diagnosticado: padezco una «protesta neurológica» contra la vida. Ahora sé, como sospechaba, que toda la mescalínica literatura de DFW era hija de la depresión.

El mejor periodista vivo

Era el mejor periodista vivo. Le gustaba ver y contar. Por ende, odiaba el masturbatorio arte de Google. Entregaba originales que eran diez veces más largos de lo pactado y escribía notas al pie varias tallas más grandes de lo políticamente admitido por la información entendida como SMS. Había sido un joven prodigio del tenis (adoraba la

gelidez casi marxista de Federer y, supongo, odiaría la contumacia taurina de Nadal) y un prodigioso escritor de cuentos vectoriales.

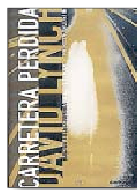
Como reportero, destrozó a McCain, proclamó la belleza bárbara de las ferias comarcas de ganado, se dolió de la autoindulgencia de su generación y se subió a un crucero de lujo para descubrir que en el mar no se mareaba.

«Ahora estamos llegando a la parte en que por fin me mato», escribió en el relato *El neón de siempre*. Como reportero, destrozó a McCain, proclamó la belleza bárbara de las ferias comarcas de ganado, se dolió de la autoindulgencia de su generación y se subió a un crucero de lujo para descubrir que en el mar no se mareaba.

NO PASES DE...

UNA PELI

'Carretera perdida'
Verdad inmutable sobre los dos tipos de cineastas que pueblan el mundo moderno: «A Quentin Tarantino le interesa ver cómo a alguien le cortan la oreja. A David Lynch le interesa la oreja». En el rodaje de este cuento de hadas



macabro, DFW escribió el reportaje *David Lynch conserva la cabeza*. ✦ D. Lynch, 1997. Cameo. 20 €.

UN DISCO

'The Köln Concert'
«Keith Jarrett es un negro que toca el piano. Disfruto mucho viendo actuar a negros (...) a distancia, puesto que de cerca emiten un olor desagradable». Un concierto del místico Jarrett —padrino musical de todos los yuppies— sirve de



fondo para una tragedia punk en el relato de DFW *La niña del pelo raro*. Deliciosos: el cuento y el disco. ✦ Keith Jarrett, 1975. ECM. 14 €.

UN LIBRO

'Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer'. Retrete aspiradores en cruceros de lujo; tornados en partidos de tenis; la *gestalt* odio/necesidad de los *shows* televisivos... El ojo radiográfico de DFW. Dejen de idolatrar a



Kapuscinski y su vocación cristiana y permitan que les corra la visión de ustedes mismos. ✦ D. F. Wallace, 2001. De Bolsillo, 6,95 €.



Chico del maíz. David Foster Wallace (Ithaca, Nueva York, 1962-C Claremont, California, 2008).

MARION ETTLINGER / MONDADORI

«Jamás sin sentimiento»

Escribía con tristeza, ironía y, más allá de las risas con que le leyeron los *hermenutas* de la *Muchachada nui*, con afán moralizante. No era un vernaculista, pero tampoco un funambulista amoral como Palahniuk. David Foster Wallace buscó desde sus primeros libros —*The Broom of the System* (1987), no traducida al español, y *La niña del pelo raro* (1989)— una explicación a la terrible dictadura del dolor y la mente. Su meganovela, *La broma infinita* (1996), es un viaje a la histeria de quien no podía soportar la histeria. DFW era el más notable de una generación rompedora que bebió de la soledad de Cheever y la anarquía irreverente de Pynchon. Tienen cuarenta y tantos años: Jonathan Lethem, Dave Eggers, A. M. Homes, Jonathan Franzen y, sobre todos ellos —los excesivos—, como alguien los ha bautizado—, William T. Vollmann, que, con 49, ya ha dado a las imprentas unas 25.000 páginas. Su lema es: «Jamás escribiremos sin sentimiento». *Europa Central* (Mondadori, 2007) es inexcusable.



Algunos de los literatos 'excesivos'. A la izquierda, William T. Vollmann; arriba, Dave Eggers y Jonathan Franzen; abajo, A. M. Homes.